

LA MALINCHE, ARQUETIPO MEXICANO

Bertha Díaz Olmos

Malintzin, Marina, Malinche... Según dice Jung en su libro *El Hombre y sus Símbolos*: “Los arquetipos son al mismo tiempo imágenes y emociones. Sólo se puede hablar de un arquetipo cuando estos dos aspectos son simultáneos”¹.

Malinche es el arquetipo de la mujer mexicana enamorada, apasionada, inteligente y leal, que en todo momento está dispuesta a aliarse al hombre que ama y hacer suyos sus sueños. Capaz de sumergirse —sin fundirse— en el otro. La antropóloga mexicana y autora del libro *Doña Marina*, María Elena Landa, dice: “Marina necesitaba muchas veces de la dualidad de su persona para conservar su independencia, seguir siendo ella misma”². Lo que Jung llamaría la individuación, es decir, amar sin perder su alma y su identidad.

De una forma muy especial aprendió Malintzin de su madre este tipo de amor al morir su padre, cacique de Xaltepec (Coatzacoalcos, Veracruz)³, lo que la hacía a ella heredera del cacicazgo. Su madre prefiere venderla como esclava antes que renunciar al hombre que amaba y del que esperaba otro hijo, a quien quería heredar ese cacicazgo. Esa traumática experiencia infantil forma su carácter y pronto sublima esa infame acción de la madre dándole un significado mágico, ya que fue el ser esclava lo que le permitió recorrer el camino para el encuentro con su héroe. Es decir, ese sentimiento de predestinación es el que le permite aliarse y hacerse imprescindible a Cortés. “Marina tenía el genio del lenguaje”, que utilizó para influir en los suyos y mantener el interés del conquistador.

*Detrás del Corazón de Malinche*⁴ es resultado de ese arquetipo. La historia de Malinche salió desde mi niñez y adolescencia en México y se apoderó de mí en España, cuando intentaba descifrar su historia personal. Finalmente, yo sólo he sido un instrumento que ha intentado poetizar lo que quizás la propia doña Marina pensó en algún momento de Cortés y de su extraña relación sentimental: “Dña. Marina aceptaba su angustia de india al sentir en todos sus poros el gran amor a Cortés —muchas veces menospreciado— y sin embargo lo sirve,

lo ama y aprende su idioma” y permanece inalterable como una sombra al lado del que decidió ser su hombre —para bien y para mal— y lo que es más significativo, con su presencia o su ausencia.

Podrían decirme que este arquetipo funciona en toda mujer sin importar raza o cultura, pero la diferencia es que la lealtad de Malintzin con Cortés permanece inalterable hasta su muerte, jamás pasó por su mente el deseo de venganza ante su abandono, simplemente lo aceptó, con el estoicismo y fatalismo que formaban su personalidad. Ella sabía —de acuerdo con su signo astral— que en su vida conseguiría amor, éxito y fortuna, pero que también lo perdería.

La historia en México nos llega, dependiendo de quién nos la cuente, como un relato romántico, un relato de traición o un adjetivo peyorativo mexicano —“malinchista”— con el que se nombra al que reniega de su herencia y se deja deslumbrar por lo de afuera. Malinche o doña Marina fue la intérprete, amante y fiel y leal aliada de Cortés; en fin, su parte equilibrante durante su campaña hacia Tenochtitlan, hoy la ciudad de México. También se ha dicho que, debido a su excesivo amor, fue la gran traidora de su pueblo. En el citado libro de María Elena Landa queda muy claro que esto no fue así: “Se le ha llamado traidora sin conocimiento objetivo de lo sucedido, se olvida que ella no era mexicana, sino de una región que fue libre y que había sido sometida a los de Tenochtitlan”.

El amor de Malinche por Cortés se puso a prueba de diferentes formas: primero, él ya estaba casado cuando conoció a doña Marina; después, al quedar viudo —y habiendo tenido un hijo con ella, al que reconoció—, prefiere casarse con otra española y a ella la da en matrimonio a un general suyo, Juan Jaramillo, al que ella respeta y le da otra hija. Cortés, de acuerdo con su idiosincrasia y el momento histórico, siente que se porta bien con Marina al regalarle tierras suficientes en la Nueva España y honores tales que le permitieran vivir con dignidad en esa nueva sociedad. Para ella nada de eso es importante, lo acepta, pero nunca fue su máximo deseo.

Asume el abandono pero continúa amando a su héroe, porque ese era su carácter, su sino, su destino. A su vez, Cortés es traicionado por los suyos y por su Rey. De esta forma, él también comparte el sino de Malintzin, “consigue sus más caros anhelos”, pero como su amante, al final, también los pierde y muere solo y desprestigiado en España añorando volver a la Nueva España.

¹Carl G. Jung, *El Hombre y sus Símbolos*, Luis de Caralt, S.A., Barcelona.

²María Elena Landa, *Dña Marina*, Editorial Egeria, Madrid. Ver también: Concepción L. de Pérez-Cano, *La Mujer Antes, Durante y Después de la Conquista de México*, Editorial Egeria, Madrid; y Laurette Séjourné, *Pensamiento y Religión en el México Antiguo*, Breviarios Fondo de Cultura Económica, México.

³Bertha Díaz Olmos, *Detrás del Corazón de Malinche*, Editorial Endimiión, Madrid, 1992.

⁴Bertha Díaz Olmos, *Detrás del Corazón de Malinche*, Editorial Endimiión, Madrid, 1992.

El trasvase estaba hecho, el conquistador conquistado. Y quizás fue ese peregrino amor de Marina lo que enseñó a Cortés a sentir —a pesar de su inmensa ambición— amor por esas tierras conquistadas, por ese acento y esas gentes que sabían luchar y morir con honor. Esto nos lleva a pensar que es de alienados amar a ese ser insensible, que en algunas ocasiones la utiliza como simple pieza de ajedrez. Pero el amor, enamoramiento, apasionamiento al fin, nos hace irreflexivos, pertinaces y obsesivos. El amor nos hace ver al otro como un dios aunque al final este tenga los pies de barro, pero vivir esa experiencia por un momento nos hace sentirnos dioses.

Marina conquista y seduce a Cortés por medio de la *palabra* —esa mezcla de sonido de pájaros en castellano— con su acento, su delicadeza y prudencia. Fueron su hablar dulce y su tacto femenino indispensables en la vida y consecución de las ambiciones del extremeño en México. Según María Elena Landa, “a todos los conquistadores les faltó, entre otras cosas, la genialidad, el coraje, la sensatez, la justicia y sobre todo la parte equilibrante del hombre: la mujer inteligente, sagaz, fiel y profundamente enamorada”. Y esa palabra, ese acento, esa emoción que resulta del mestizaje, es lo que yo intento transmitir en mi poemario.

En mis poemas hay que escuchar las palabras, los reproches, las preguntas sin respuesta en este idioma español que Malinche aprendió y supo utilizar de forma acertada, las dudas que la asaltaban —y que nunca verbalizó— respecto al hombre que amaba. En este libro no hay datos históricos, sino la historia del amor de una mujer por un extranjero al que ella idealizó y mitificó.

El arquetipo de Malinche anidaba en mí, muy dentro, en los genes que componen mi nombre y mi historia. La poesía puede ser también un canal para conectar el mundo real con el irreal. Al estudiar la vida de esta notable mujer he encontrado las razones que hicieron saltar ese resorte en mi cerebro. Esa confusa relación sentimental se hizo poema para que yo la transmitiera en España, desde donde ella creyó que regresaba Quetzalcóatl / Cortés para recuperar su reino y salvarla. Los rayos que emite el amor se expanden y tienen consecuencia en los otros, o en el otro, y contienen poder suficiente para traspasar generaciones y países.

El amor que mueve al mundo, para la mujer es fuerza vital. No importa su papel: esposa, concubina, madre, hermana o amiga. Son esos poderes femeninos los que la empujan por caminos desconocidos. Pero esos poderes son regeneradores, por eso la mujer que verdaderamente ama, jamás se siente abandonada, aunque la abandonen. Así que he recuperado, a través de mis poemas, esas palabras que quizá rondaban en la cabeza enamorada, pero también lógica e inteligente de doña Marina. Ella me las susurró para contar lo inefable. ☐

MOMENTÁNEAMENTE ALEGRÍA⁵

Bertha Díaz Olmos

sin límites

aquel azar
la embrujada empezó a inquietarse
voluntariosa y estratega
miró sin límite
la musculatura, cercenado despojo
un gesto
epidemia de hurtos
episodio que no continuará

Otra vez

La embrujada empezó a santiguarse

MALINTZIN⁶

Marcos E. Becerra

A Félix F. Palavicini.

Un anatema inmenso i despiadado
en la portada de tu historia imprimen
los que te acusan por el negro crimen
de haber sido mujer i haber amado.

Alza la frente ya, que no hai pecado
irremisible para los que gimen:
i hai lágrimas de sobra en tu pasado!

I si te acusan, dí que no estás sola:
Fundiste sangres tuya i española
I símbolo de unión entre ambas eres.
¡I, yo, que de ambas, á la vez, desciendo,
soi hidalgo, señora, ¡ite defiendo
de cobardes que insultan á mujeres!

⁵Poema tomado del libro *Detrás del corazón de Malinche*, de Bertha Díaz Olmos.

⁶Poema tomado del libro *Sonetos*, del poeta tabasqueño Marcos E. Becerra, proporcionado a *Archipiélago* por su amigo Joaquín Padrón Peralta.

Bertha Díaz Olmos. Escritora y comunicóloga mexicana, residente en Madrid desde hace tiempo. Ha publicado sus poemas en diversas revistas hispanoamericanas y ha dado recitales en algunos países. Además del poemario *Detrás del corazón de Malinche*, publicó también *El agua insomne*.